

«Aprendamos a realizar acciones ordinarias de modo extraordinario»

En su catequesis sobre el celo apostólico y el anuncio del Evangelio, el Papa Francisco se detuvo en la figura de Kateri Tekakwitha, la primera mujer nativa santa de Norteamérica. El pontífice recalcó que Kateri tuvo que enfrentarse a muchas dificultades a lo largo de su vida. Sin embargo, lo hizo abriendo su corazón a Jesús; la forma para la que, tal y como dijo el papa, se afrontan los desafíos.

30/08/2023

Queridos hermanos y hermanas:

Continuando nuestra catequesis sobre el tema del celo apostólico y la pasión por el anuncio del Evangelio, hoy vemos a santa Catalina (Kateri) Tekakwitha, la primera mujer nativa de Norteamérica que fue canonizada.

Nacida hacia el año 1656 en un pueblo del norte del Estado de Nueva York, era hija de un jefe mohawk no bautizado y de una madre algonquina cristiana, que enseñó a Kateri a rezar y a cantar himnos a Dios.

Muchos de nosotros también fuimos presentados al Señor por primera vez en el ámbito familiar, sobre todo por nuestras madres y abuelas. Así inicia la evangelización. No

olvídemos esto, que la fe es transmitida siempre en dialecto, de las madres y de las abuelas. La fe se transmite en dialecto, y nosotros la hemos recibido así, de las madres y de las abuelas.

La evangelización comienza a menudo así: con gestos sencillos, pequeños, como los padres que ayudan a sus hijos a aprender a hablar con Dios en la oración y les hablan a ellos de su amor grande y misericordioso. Las bases de la fe de Kateri, y a menudo también para nosotros, se pusieron de este modo. Ella lo recibió de su madre en dialecto, el dialecto de la fe.

Cuando Kateri tenía cuatro años, una grave epidemia de viruela azotó a su pueblo. Tanto sus padres como su hermano menor murieron y la misma Kateri quedó con cicatrices en su rostro y problemas de visión.

A partir de ese momento Kateri tuvo que enfrentarse a muchas dificultades: ciertamente las físicas debidas a los efectos de la viruela, pero también las incomprendiciones, las persecuciones e incluso las amenazas de muerte que sufrió tras su bautismo el domingo de Pascua del 1676.

Todo esto hizo que Kateri sintiera un gran amor por la cruz, signo definitivo del amor de Cristo, que se entregó hasta el final por nosotros. En efecto, el testimonio del Evangelio no consiste sólo en lo que es agradable; también debemos saber llevar nuestras cruces cotidianas con paciencia, con confianza y esperanza. La paciencia es una gran virtud cristiana, quien no tiene paciencia no es un buen cristiano. La paciencia de tolerar, tolerar la dificultad y también tolerar a los otros que a veces son aburridos o te ponen en dificultad.

La vida de Kateri Tekakwitha nos muestra que todo desafío puede superarse si abrimos nuestro corazón a Jesús, que nos concede la gracia necesaria, paciencia y el corazón abierto a Jesús. Esta es una receta para vivir bien.

Tras ser bautizada, Kateri tuvo que refugiarse entre los mohawks en la misión jesuita cercana a la ciudad de Montreal. Allí asistía a Misa todas las mañanas, dedicaba tiempo a la adoración ante el Santísimo Sacramento, rezaba el Rosario y llevaba una vida de penitencia.

Estas prácticas espirituales suyas impresionaban a todos en la Misión; reconocían en Kateri una santidad que atraía porque nacía de su profundo amor por Dios.

La santidad atrae. Dios nos llama por atracción, esta necesidad de estar cerca de Él porque Dios atrae, y ella

ha sentido esta gracia de la atracción divina.

Al mismo tiempo, enseñaba a rezar a los niños de la Misión y, mediante el cumplimiento constante de sus responsabilidades, incluido el cuidado de los enfermos y de los ancianos, ofreció un ejemplo de servicio humilde y amoroso a Dios y al prójimo. Siempre la fe se expresa en el servicio. La fe no es para maquillarse a uno mismo, el alma, no, para servir.

Aunque la animaron a casarse, Kateri, en cambio, quería dedicar su vida por completo a Cristo.

Imposibilitada a entrar en la vida consagrada, hizo voto de virginidad perpetua el 25 de marzo de 1679, solemnidad de la Anunciación.

Su elección revela otro aspecto del celo apostólico: la entrega total al Señor. Por supuesto, no todos están llamados a hacer el mismo voto de

Kateri; sin embargo, todo cristiano está llamado a comprometerse diariamente con corazón indiviso en la vocación y en la misión que Dios le ha confiado, sirviendo a Él y al prójimo con espíritu de caridad.

Queridos hermanos y hermanas, la vida de Kateri es un testimonio más de que el celo apostólico implica tanto una unión vital con Jesús, alimentada por la oración y por los sacramentos, como el deseo de difundir la belleza del mensaje cristiano a través de la fidelidad a la propia vocación particular.

Las últimas palabras de Kateri son bellísimas. Antes de morir dijo: “Jesús, te amo”. Por tanto, también nosotros, tomando fuerza del Señor, como hizo santa Kateri Tekakwitha, aprendamos a realizar acciones ordinarias de modo extraordinario y así a crecer cada día en la fe, en la

caridad y en el testimonio fervoroso de Cristo.

No nos olvidemos, cada uno de nosotros está llamado a la santidad, a la santidad de todos los días, a la santidad de la vida cristiana común. Cada uno de nosotros tiene esta llamada. Vayamos adelante por este camino, el Señor no nos faltará.

Libreria Editrice Vaticana /
Rome Reports

pdf | Documento generado automáticamente desde <https://opusdei.org/es-do/article/santidad-ordinaria-evangelizacion/> (22/02/2026)